

El viaje

Luigi Pirandello

colección minilecturas

El viaje

Luigi Pirandello

Traducción de
Marilena de Chiara

Nørdicalibros
2012

Título original: *Il viaggio*

© De la traducción: Marilena de Chiara

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Fuerte de Navidad 11, 1º B - CP: 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 509 25 35 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: mayo de 2012

ISBN: 978-84-15564-17-1

Depósito Legal: M-17640-2012

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos (Salamanca)

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Ana Patrón y

Susana Rodríguez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Hacía trece años que Adriana Braggi no salía de la antigua casa, silenciosa como una abadía, donde de joven había entrado como esposa. Los pocos paseantes que, de vez en cuando, subían por aquel camino empinado y resbaladizo, bastante maltrecho, solitario, donde la hierba crecía irregularmente entre las piedras, no la veían ni siquiera detrás de las ventanas.

A los veintidós años, después de apenas cuatro de matrimonio, con la

muerte de su marido también había muerto el mundo para ella. Ahora tenía treinta y cinco años y todavía vestía de negro, como el primer día de la desgracia; un pañuelo de seda negra escondía su hermoso pelo castaño, descuidado, apenas peinado en dos secciones y recogido tras la nuca. Sin embargo, una serenidad triste y dulce sonreía en su rostro pálido y delicado.

Nadie se sorprendía por esta clausura en aquel pueblo del interior de Sicilia, donde las rígidas costumbres por poco no imponían a la esposa que siguiera a la tumba a su marido. Las viudas tenían que permanecer encerradas así, en perpetuo luto, hasta la muerte.

Por otro lado, a las mujeres de las pocas familias señoriales, jóvenes y casadas, prácticamente no se las veía por la calle: salían solo los domingos, para ir a misa; y alguna rara vez para acudir a las visitas que de vez en cuando se intercambiaban. Entonces competían en lucir riquísimos vestidos de última moda, que habían encargado en las sastrerías de Palermo y de Catania, y gemas y oro, valiosos, no por coquetería: caminaban serias y sonrojadas, con los ojos clavados en el suelo, incómodas, apretadas al marido o al padre o al hermano mayor. Exhibirse era casi una obligación. Aquellas visitas o aquellos dos pasos hasta la iglesia eran para ellas verdaderas expediciones que prepara-

ban desde el día anterior. El decoro de la familia no podía ser perjudicado, y los hombres se sentían incómodos, es más, ellos eran los más puntillosos porque querían demostrar así que podían gastar en sus mujeres.

Siempre sumisas y obedientes, ellas se arreglaban como ellos querían, para no hacerles quedar mal; después de aquellas breves apariciones volvían tranquilas a los cuidados de la casa y, si estaban casadas, se ocupaban de procrear, todos los hijos que Dios les enviara (era esta su cruz), si no, esperaban que los parientes les dijeran un día: «Cásate con este»; se casaban; mansos y satisfechos se quedaban los hombres en aquella supina fidelidad sin amor.

Solamente la fe ciega en una compensación más allá de la vida podía permitirles soportar sin desesperación la lenta y pesada vacuidad donde se desarrollaban sus días, uno tras otro, todos idénticos, en aquel pueblo de montaña, tan silencioso que casi parecía desierto, bajo el azul intenso y ardiente del cielo, con las calles angostas, mal adoquinadas, entre las rudas casitas de piedra y cal, con los canalones de creta y las tuberías de hojalata al descubierto.

Al adentrarse hasta donde aquellas calles terminaban, la superficie ondeante de las tierras quemadas por las azufreras entristecía el panorama. Caliente el cielo, caliente la tierra, desde la cual, en el silencio inmóvil adormecido por

el zumbido de los insectos, por el chirrido de algún grillo, por el canto lejano de un gallo o el aullido de un perro, se evaporaba denso, en el alumbramiento meridiano, el olor de tantas hierbas marchitas y del estiércol reseco de los establos.

En todas las casas, incluso en las pocas señoriales, faltaba agua; en los amplios patios y al principio de las calles había viejas cisternas expuestas a la gracia del cielo; pero también en invierno llovía poco. Cuando llovía era una fiesta: todas las mujeres sacaban tinas y cubos y ollas, y se quedaban en las puertas con los vestidos de barragán entre las piernas viendo el agua pluvial que fluía en torrentes por las calles empinadas,

mientras la oían gorgotear en los canales y por los tubos de las cisternas. Se lavaban las piedras, se lavaban los muros de las casas, y todo parecía respirar más leve en la frescura fragante de la tierra mojada.

Los hombres, mal que bien, encontraban en la variada sucesión de los negocios, en la lucha de los partidos comunales, en la cafetería o en el club social, por la noche, algo para distraerse de alguna manera. Pero las mujeres, en las cuales desde la infancia se había reprimido cualquier instinto de vanidad, casadas sin amor, después de haberse ocupado siempre (como sirvientas) de las mismas tareas domésticas, languidecían míseramente con un niño en el

regazo o con un rosario en la mano, a la espera de que el hombre, el amo y señor, volviera a casa.

Adriana Braggi no había amado a su marido.

De complexión debilísima y en agitación continua por su enfermiza salud, aquel marido la había oprimido y torturado durante cuatro años, celoso hasta de su propio hermano mayor. Sabía que, casándose, lo había ofendido gravemente, es más, él había traicionado a su hermano mayor. Todavía allí, de todos los hijos varones de la familia solo uno, el mayor, tenía que casarse, para que las posesiones de la familia no se esparcieran entre muchos herederos.

Cesare Braggi, el hermano mayor, nunca había mostrado que aquella traición le hubiera afectado, tal vez porque su padre, al morir poco antes de la boda, había dispuesto que él siguiera siendo el jefe de la familia y que el segundogénito, casado, le debiera total obediencia.

Al entrar en la casa antigua de los Braggi, Adriana había sentido cierta humillación al saberse tan sujeta a su cuñado. Su condición se volvió doblemente penosa e irritante cuando su marido, en la furia de los celos, le había dado a entender que Cesare había deseado casarse con ella. No había sabido cómo comportarse ante su cuñado, y su incomodidad había crecido tanto más cuanto menos su cuñado había hecho

pesar su potestad sobre ella, acogiéndola desde el primer día con franqueza cordial y simpatía y tratándola como a una verdadera hermana.

Cesare era de modales amables y de una caballerosidad exquisita y natural en el hablar y en el vestir y en todos sus gestos, que ni el contacto con la ruda gente del pueblo ni las tareas de las que se ocupaba, ni las costumbres de relajada pereza —a las cuales aquella vacía y mísera vida de provincia inducía durante tantos meses al año— habían podido afear nunca y ni siquiera alterar un poco.

Cada año, por otro lado, durante varios días —a menudo también por más de un mes—, se alejaba del pueblo

y de sus asuntos. Iba a Palermo, a Nápoles, a Roma, a Florencia, a Milán, a sumergirse en la vida, a tomar —como él decía— un baño de civilización. Volvía de aquellos viajes rejuvenecido en cuerpo y alma.

Adriana, que nunca había dado un paso fuera de su pueblo natal, al volver así a la gran y antigua casa, donde el tiempo parecía estancarse en un silencio mortal, sentía cada vez una secreta e indefinible turbación.

El cuñado traía consigo el aire de un mundo que ella no conseguía ni siquiera imaginar.

Y su turbación crecía al oír las risas chillonas de su marido, que escuchaba el relato de las sabrosas aventuras vivi-